



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD
RESERVADOS TODOS LOS
DERECHOS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

FONDO RICARDO COVARRUBIAS
"ALFONSO REYES"
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

IMPRENTA LATINA. RODRIGUEZ SAN PEDRO, 19. TELEF. 11-26 J.

Cartas a Francisca, madre

CARTA PRIMERA

La comida en Passy.—Se habla de los niños.—Dudas sobre el significado de la palabra «educación». Desorden de los métodos actuales.—Una promesa imprudente.—Escrúpulos del autor.—¡Tantos libros sobre la educación!... y falta uno.—Objeción: el educador no tiene hijos.—¡Yo escribiré el libro!

¿Por qué misteriosa correspondencia entre lo físico y lo moral, querida Francisca, una refacción delicada y tomada en la comunidad de personas simpáticas y buenas, saboreando al paso algún vino excelente; por qué ese goce, que tiene mucho de animal, provoca en los comensales dos efectos en los que no hay nada de animalidad, dos manifestaciones de lo que es en nosotros más espiritual y más noble? Primero, una sociabilidad afectuosa, deseo de proporcionar alegría unos a los otros... Después, esa afición a la especulación pura, que hace discutir sólo por el amor a las ideas.

Tu amigo, el doctor Bertrand-Tasqué, nos suministraría una disertación fisiológica muy copiosa, pero de tan profunda sabiduría, que quedaría

mos deslumbrados e idiotizados. Nos atendremos, ¿no te parece?, al luminoso apotegma de Pascal:

«Ni ángel, ni bestia»; es decir, que el hombre no es completamente angélico ni completamente animal, sino una mezcla de las dos cosas. De la influencia que ejerce el bienestar físico sobre nuestro modo de discurrir y sobre nuestros pensamientos, resulta que la comida succulenta y los vinos excelentes consumidos sin exceso nos incitan al altruísmo y a las teorías. Por ejemplo, los banquetes evangélicos de Platón, Xénofón y Ateneo. Ejemplo: («*cisi parva licet!*»), la comida que nos diste en tu casa la semana pasada.

Se come bien en tu casa, Francisca. No solamente por el placer del paladar y el estómago, sino porque tu ingenio prevé los mil detalles que se le escapan a las vulgares amas de casa. ¿Qué me importa un convite suntuoso, si estoy estrecho en la mesa? ¿O si las flores despiden un olor penetrante? ¿O si me sirve demasiado deprisa un criado que parece estar acechando mi plato y diciéndome al oído: ¡Vamos, apresúrate! ¿no sabes que lo importante es quitar pronto el servicio?» Pues, ¿y si me encuentro colocado entre dos señoras desprovistas a la vez de atractivos físicos y espirituales que me hablan constantemente de mis libros, confundiéndoles con los de mis colegas?

En casos semejantes, prefiero mil veces cenar en mi casa, frugal, sana y silenciosamente.

Tú, mi encantadora sobrina, reúnes un corto número de invitados: diez, doce lo más. La mesa está decorada con ingenio, sin recurrir nunca al «centro» comprado en la florería; tus dedos y tus ojos son los que combinan el mágico conjunto. No más

de tres platos, y entre los entremeses y la sopa no nos sirven atropelladamente, como si nos esperase el tren. Siempre hay alguna invención gastronómica que despierta la curiosidad del invitado. Y en fin, la elección y colocación de los comensales, meditada, y no ese «de cualquier modo» de tantas mesas parisinas. Con diez conversadores célebres, puede resultar una reunión aburrida. Cuando Dumas hijo y Sandou se encontraban en una mesa, se observaban sin desplegar los labios ni uno ni otro; aquellos dos genios charlatanes se neutralizaban. Tú sabes reunir personas que se conocen bastante para que les agrade verse, y que al mismo tiempo se conocen poco, para que puedan contarse unos a otros cosas nuevas. Para que la comida sea del todo agradable, debe darse al comensal seguridad y algo de inesperado; ver rostros amigos y uno o dos nuevos, pero agradables.

De esas, fué la última comida que diste en tu casa, Francisca. Conservaría de ella un recuerdo enteramente delicioso, si al final, y debido a ese altruísmo resultante de unos momentos encantadores, no me hubieses arrancado cierta promesa...

Pero, para informarte del efecto que produjeron en mí tu comida y el peligroso compromiso que fué su consecuencia, no encuentro nada más sencillo que abrir ante ti las hojas de mi diario, para que leas lo que escribí al volver a mi casa... Así podrás comprobar la fidelidad de mis recuerdos, y estas notas sinceras serán el mejor prefacio de las nuevas cartas que te he prometido.

«Comida en casa de mi sobrina Francisca, calle de La Tour, donde está instalada desde hace cua-

tro meses. Un bonito piso en un inmueble nuevo; seis mil francos de alquiler. Yo me obstino en añorar el delicioso hotelito que ocupaba en Versalles, sus altos techos de artesonados grises, su jardincito de encinas dos veces centenarias. Francisca y Máximo alegan, para convencerme, las comodidades de las casas modernas. Se han vuelto los dos de un modernismo que atenúa mi resolución de no ser retrógrado. Sobre todo, desde que Máximo ha dejado el ejército para consagrarse a la industria. «Haute-couture y Compañía, electricidad, instalaciones al contado y por abono». Le va muy bien en su nueva profesión, y aunque en el tren de su casa, como en el de casi todos los matrimonios jóvenes, hay poca parsimonia en el gastar, me atrevo a prever que mi sobrinito Pedro, que tiene ahora cinco años, contará con una bonita herencia.

»La comida celebraba la inauguración de los nuevos lares. Francisca ha arreglado este albergue corriente con inteligencia y buen gusto. Gracias a ella, el tercer piso de un melancólico inmueble contemporáneo no es una casa como la de todo el mundo.

»Convidados a la comida: el matrimonio Laterrade (la señora de Laterrade es hermana de Máximo), el matrimonio Bertrand-Tasqué, el señor de Lespinat y su hijo Jorge.

»Los Laterrade están unidos a Francisca y Máximo por esa amistad de matrimonio a matrimonio, muy parisina, debida, más que nada, a la comunidad de diversiones: palcos comprados a medias, veraneos en los mismos puntos, los maridos socios del mismo círculo, etc. En el caso presente, la amistad está reforzada, primero por el parentesco, y después por los recuerdos de la niñez; porque en el pensionado Berquin, cuando Máximo

Desperoux deslumbraba en el salón de visitas con su gallardía y su uniforme de sancyriano, su hermana Lucía era la amiga íntima de Francisca Le Quellien. Poco tiempo después de su compañera, casó Lucía con un hombre bastante mayor que ella, lo que no la impidió ser madre mucho antes que Francisca. Tiene ahora dos hijos: Moël, once años, alumno de quinto en el liceo Condorcet, y Simona, dos meses mayor que su primo, Pedro Despeyroux... Así como Francisca ha conservado casi intacta su silueta de muchacha, Lucía se ha ensanchado ligeramente; su rostro continúa siendo atrayente, eso sí; es una rubia apacible y un poco gruesa... Análogo contraste existe entre Máximo y Laterrade. Máximo, enjuto, ardiente, inquieto, con más probabilidades de estropearse por exceso de movimiento, que de adquirir grasas por exceso de reposo; Laterrade, burgués desde su nacimiento, habiendo renunciado temprano a todo trabajo; rico, timorato y temeroso de nuevas revoluciones, limitó todo su esfuerzo a administrar una crecida fortuna y una hermosa posesión de caza y agricultura que tiene en Berry.

»No obstante estas diferencias, entre los dos matrimonios hay una unión cordial y durable. Y en la generación siguiente, los dos primos, Simona y Pedro, son ya amigos inseparables.

»Mucho más curiosa que la de los Laterrade es la pareja Bertrand-Tasqué.

»Al día siguiente de mudarse Francisca a la casa de la calle de La Tour, donde aún se amontonaban los muebles al azar, Pedrito sufrió de repente, a media noche, una aguda crisis de difteria... Los padres, enloquecidos, intentan inútilmente telefonear al médico de costumbre. En

tonces recuerda Máximo que en el piso inferior ha visto una placa con este nombre: «Doctor Tasqué». Se precipita a la escalera, y vuelve casi en seguida con un hombre de unos cuarenta años, de aspecto triste y afectuoso, que pasa el resto de la noche a la cabecera del niño, le inyecta el suero, continúa sus cuidados los días subsiguientes, y le salva. Francisca, agradecida, hace una visita a la señora del doctor.

»¿Quién es Amalia Bertrand-Tasqué? Una rumana, casi doctora también, que interrumpió sus estudios para ser esposa del doctor, que era viudo con una hija. Estos amores graves tuvieron por teatro la biblioteca de la Facultad... Amalia es una mujercita no muy fea, de cutis un poco amarillento y temiblemente culta, y de bondad que no merecería más que alabanzas, si no hiciese de la bondad, como de todo, un sistema. Ha dado al doctor un hijo—Enrique—que cuenta actualmente cuatro años, al que educan según los métodos más perfeccionados, y a quien Francisca y Máximo llaman irreverentemente el «embutido científico». Además, vive en perfecta armonía con la hija del primer matrimonio de su marido, Silvia, que es una linda muchacha de quince años.

»En cuanto al señor de Lespinat, es un vecino de los Laterrade, en Berry; pasa la mayor parte del año en sus tierras de Ambleuse, con la sola compañía de su hijo. Es el tipo del hidalgo cazador, pero no desprovisto de sensibilidad ni de cultura clásica. He tenido ocasión de visitar su pequeño castillo, que se alza cerca de Issodun, y pude ver una nutrida biblioteca. Su hijo Jorge, que vive con su padre y termina sus estudios sin otro maestro, me parece felizmente dotado, a pesar de su natural tímido y silencioso, y un poco arisco; me

agrada ese muchacho. El señor de Lespinat también es viudo, como el doctor, pero no ha vuelto a casarse.

»Entre estas ocho personas, yo la novena, después del «foie-gras» a la Tolosa y el «chateau-Montroise 1899», la conversación fué ésta, poco más o menos:

»LUCÍA (señora de Laterrade)—... un niño que se niega a interesarse en todo lo que no sean aeroplanos; y una chiquilla que a los cinco años ha despachado, gracias a su carácter, a tres institutrices: he ahí mi lote. Tú, mi pobre Francisca, no has apreciado la suerte de no tener hijos durante los primeros cuatro años de matrimonio.

»FRANCISCA.—Vamos..., no sé por qué me compadeces. Pedrito es un encanto de criatura...

»LUCÍA.—Un encanto, pero casi tan mal educado como su prima. Y además, delicado; os pasáis la vida temblando por su salud.

»FRANCISCA.—¡Bah!, ya no temo a nada. El doctor Tasqué me lo salvará siempre. ¿Verdad, doctor?

»EL DOCTOR.—Seguramente, señora... Hoy hace maravillas la puericultura. Ahí tiene usted a nuestro Enrique, que también nació débil...

»LA SEÑORA DE TASQUÉ (con orgullo).—Ya levanta pesas de setecientos gramos.

»EL DOCTOR.—Y conoce los diez primeros ejercicios de la gimnasia de Muller.

»LA SEÑORA DE TASQUÉ.—Eso sí, su sensibilidad me inquieta... La menor observación le hace romper en llanto... Ayer, la idea de que habían tenido que matar el pollo que se sirvió en la mesa, le quitó el apetito. ¡Ah, es un alma!

»EL DOCTOR.—Yo combatí esa tendencia con un

entrenamiento psicológico: una dosis de emociones graduadas y cauterizadas en seguida por el razonamiento.

»Yo.—¿A los cuatro años?

»EL DOCTOR.—Nunca es demasiado pronto.

»EL SEÑOR LATERRADE.—En definitiva, quien dice hijos, dice disgustos, angustias y contrariedades para los padres. ¡Y se extrañarán ustedes de que los matrimonios modernos se ofrezcan el goce de la paternidad con moderación! Nosotros no tenemos más que dos hijos, y bastan para devorarnos la vida.

»EL SEÑOR DE LESPINAT.—Yo no he tenido más que uno que ha llenado la mía. También es verdad que ya no estaba la madre.

»MÁXIMO.—¡Ah! Usted ha sido un padre excepcional. Ha educado a su hijo sin ayuda alguna, cosa que, aun con la mejor voluntad del mundo, no todos pueden hacer.

»EL SEÑOR DE LESPINAT.—Sin embargo, ese sería el verdadero sistema.

»Yo.—Con la condición de que todos los padres tuviesen las aptitudes y cualidades de educador del señor de Lespinat. El hecho de ser el padre o la madre, no confiere esas condiciones particulares. Ciertas educaciones conducidas por los padres, producen pésimos resultados.

»MÁXIMO (*irónico*).—¿Entonces, tío, usted cree que hay buenas y malas educaciones?

»LA SEÑORA DE TASQUÉ (*escandalizada*).—¡Oh!, señor Despeyroux, ¿niega usted la influencia de la formación metódica del niño? Pero, ¡eso es negar la ciencia misma!

»EL SEÑOR DE LESPINAT.—Nadie cree sinceramente que la educación sea ineficaz... Cuando se dice: «Las personas bien educadas», todo el mun-

do piensa en cierta clase social, donde reinan determinadas costumbres de educación. Y es admitir implícitamente que esas costumbres de educación influyen sobre los caracteres.

»MÁXIMO.—Permítame... En ese caso, se designan gentes de buenas maneras, personas corteses. Pero supongo que esa no es toda la educación.

»FRANCISCA.—Educación quiere decir también cultura del espíritu, instrucción.

»LA SEÑORA DE TASQUÉ.—Y, sobre todo, la cultura moral de los sentimientos.

»LUCÍA.—Educación... educación... Todo el mundo habla de ella, y me parece a mí que nadie sabe con certeza lo que es. A fin de cuentas, la educación estriba en pagar nodrizas primero, «misses» y criadas alemanas después, y, por último, colegios y matrículas; escogiendo todas esas cosas a la buena de Dios, como las casas o los criados. Pero la influencia paternal es lo de menos, créame.»

(La salida provocó risas. La señora de Laterrade, antes Despeyroux, tiene un genio vivo e irreflexivo, que contrasta con su aspecto físico, más bien apacible.)

»FRANCISCA.—¡Esta Lucía! No cree en nada. ¡Qué anarquista! Tío, hágale usted un discursito sobre la moral, diciéndole que la educación no es una quimera.

»Yo.—¡Dios mío! Yo creo que la educación es, en efecto, algo positivo, una realidad. Lucía no ha hecho más que decir en una forma graciosa una gran verdad: el desorden de educación que hay en Francia. Ya ven ustedes: alrededor de esta mesa nadie está de acuerdo sobre lo que quiere decir

la palabra, ni sobre lo que es en sí la cosa. Para el doctor, la educación es una ciencia como la Geometría. ¿No es así?

»EL SEÑOR TASQUÉ (*con convicción*).—Ciertamente, la educación es objetiva.

»Yo.—Es decir, que no hay más que una educación, como no hay más que una Geometría. Para Francisca y su marido, la educación es, sobre todo, la instrucción, la formación del espíritu.

»MÁXIMO.—Poco más o menos. Porque yo veo que a un niño se le puede enseñar a leer. Pero dudo de que se le pueda enseñar a ser valiente o caritativo si nació avaro o cobarde.

»Yo.—Para el señor Lospinat es la cultura de las buenas maneras. Para el señor Laterrade y su esposa es... la buena de Dios... el niño confiado a administradores, como una finca.

»LUCÍA (*sonriendo*).—No sin vigilar un poco.

»Yo.—¡Naturalmente! En realidad, ninguno de ustedes se desinteresa del asunto. Todos tienen su doctrina. Pero todas las doctrinas están en desacuerdo.

»EL SEÑOR LESPINAT.—¿No ha sido siempre así?

»Yo.—No. El antiguo régimen conoció métodos de educación discutibles, pero generalizados. Fenelon representa un sistema y Rousseau otro.

»EL SEÑOR LATERRADE (*irónico*).—¡Ah!, sí... «El Emilio»...

»Yo.—No hablemos demasiado mal de «El Emilio». Vivimos sobre sus relieves... sin haberlo leído.

»LUCÍA.—Y a propósito, ¿por qué no se hace un nuevo «Emilio» adaptado al siglo XX?

»Yo.—Porque necesitaríamos otro Juan Jacobo; y porque, no obstante sus vicios y sus equivo-

caciones, el talento de Juan Jacobo no es cosa corriente.

»FRANCISCA.—Buena, pues que sin necesidad de un genio se nos haga un buen libro sobre la educación.

»Yo.—¿Buenos libros sobre la educación? ¡Pero si hay un centenar de ellos! Sí... Francisca, libros contemporáneos muy interesantes, y algunos firmados por nombres bastante conocidos.

»EL DOCTOR.—Ruskin, por ejemplo.

»FRANCISCA.—Entonces, ¿por qué no los conocemos?

»Yo.—Ya ves que el doctor Tasqué los conoce, y seguramente también su señora.

»LUCÍA.—Si es que son libros para sabios, me da lo mismo.

»Yo.—La pereza del lector actual, es increíble. En su época, «El Emilio» hizo furor: es un libro muy entretenido, pero en nuestros tiempos pasa por aburrido.

»MÁXIMO.—Es demasiado grueso, demasiado compacto. Tenemos el tiempo escaso, y actualmente, sólo las mujeres leen.

»Yo.—Y aun así... Sólo creo a la señora de Tasqué capaz de leer «El alma del niño», por Peyer; un volumen en octavo de Alcan.»

«La comida se deslizó durante esta conversación. Una vez terminada, al dejar la mesa, Francisca me llevó aparte y me dijo:

»—¿Por qué no hace usted ese libro sobre la educación?

»—Porque haría un libro análogo a sus congéneres, y que nadie leería, salvo los padres del «científico», que lo leen todo.

»—Yo también lo leeré y tendrá usted tres lec-

tores: no me dirá que no es todo un público. Su libro me será muy útil, porque aquí, entre nosotros, yo también educo a Pedrito un poco a la buena de Dios, como mi cuñada Lucía educa a sus hijos.

»—Es, quizás, lo mejor.

»—Usted no lo cree así. Además, tío, usted me había prometido ese libro. Sí, señor... Al final de sus cartas sobre el matrimonio, me prometió escribir «Cartas a Francisca, madre».

»—Es ya tarde. Pedrito tiene cinco años. ¡Toda una edad!

—Pues hablará usted de la educación a partir de los cinco años.

»—En ese caso, el libro será incompleto, cojo... Esperaré que le des un hermano o una hermana a Pedrito.

»—¿En serio?

»—En serio.

»—Entonces, manos a la obra. Le queda a usted el tiempo justo.

»De pronto no comprendí muy bien. Después, como mis ojos inspeccionaban involuntariamente el talle de mi sobrina:

—¡Oh!—exclamó ella—aún no se nota. Sin embargo, son ya cerca de seis meses. Pero con las modas actuales... Sea usted discreto. Sólo Máximo y usted están advertidos... Le dejo para servir el café...

»Se alejó un poco, y volviéndose, insistió:

»—¿Prometido?

»Tuve la debilidad de responder.

»—Prometido.»

Así, turbado por los vapores del Montrose y el placer de complacerte, mi encantadora sobrina, he prometido...

He prometido nada menos que una serie de cartas sobre la educación, a manera de las que te escribí hace años sobre la vida de soltera, y después sobre la de recién casada.

Después de haber hecho esta imprudente promesa, he estudiado el modo de cumplirla. Primero, he hojeado varios libros... Si por fortuna alguno de esos libros se hubiese adaptado a tus deseos y a mis doctrinas, ¡qué suerte! Te lo hubiese enviado incontinenti, y mi pereza y mi modestia quedarían satisfechas al mismo tiempo... Sí, Francisca, mi modestia. En conciencia me digo y te digo: «Después de tantas obras eminentes, ¿no es una temeridad declarar que falta una y escoger para autor del nuevo libro a... si mismo?...»

En fin, desafiemos el respeto humano, y descubramos nuestro pensamiento. Yo opino que ninguno de los numerosos libros que acabo de leer o releer, es el compañero familiar cuya ausencia lamentáis tú y otras madres jóvenes. Ese compañero familiar lo encontraron nuestras bisabuelas de miriñaque en «La educación de las hijas», de Fnelón; nuestras abuelas de corpiños emballados, en la célebre obra de Rousseau. Pero, en el siglo XIX, no hubo ningún libro análogo que obtuviese el favor de las madres y gobernase la formación de los hijos.

Ninguno de ellos es:—ninguno ha querido ser— el amigo de casa, un poco médico, un poco confesor, un poco... nodriza, el amigo abnegado, razonable, reflexivo, documentado, al que pueda interrogarse a la vez sobre cuestiones de higiene y sobre los problemas de instrucción; que se inte-

resa lo mismo por las travesuras que por las ingeniosidades de los niños; al que se confían los proyectos para el porvenir; al que se le confiesan, mejor que al marido, las tristezas y desalientos pasajeros; en una palabra, el tío consejero que desea toda Francisca, madre.

Faltas de ese consejero, las Franciscas modernas se sienten, primeramente, menos inclinadas de antemano a la obra, apasionante sin embargo, de educadoras; después, cuando llegan los hijos, están desprovistas de toda idea directora sobre la manera de educarlos...

Resultado: el desorden, o más bien la anarquía que trastorna la educación francesa de unos cien años a esta parte, y que se agrava a medida que las ideas religiosas ejercen sobre la mayoría de los franceses una influencia menos imperativa.

Ese libro que no existe, «vademécum» de la educación moderna; ese manual familiar que tendrá a honor ser seriamente madurado y escrito, pero no aburrido, me parece que lo veo, querida Francisca, o mejor dicho, que lo preveo distintamente.

Aprovecharía la precisión actual de la ciencia; definiría un ideal de educación, pero un ideal práctico, por decirlo así, teniendo en cuenta las contingencias presentes; no sería escrito por ángeles, con humo sobre las nubes.

Convencido de que es saludable tener en contra los pedantes ignaros, se esforzaría en irritarlos más aún, excluyendo toda pedantería, todo aspecto de torpe brusquedad. Trataría de ser para Francisca un compañero útil, sin agobiarla.

Se dividiría, naturalmente, siguiendo las tres edades de la infancia: desde el nacimiento a los

siete años, de los siete a los doce, y de los doce a los diez y seis. Porque la infancia es, en suma, una pequeña vida completa, que se compone, a su vez, de infancia, madurez y declinación.

Así, pues, querida sobrina, imagino perfectamente el libro que deseas; imagino el estilo y el tono, y hasta veo sus grandes divisiones.

—Entonces—me dirás tú—coja la pluma, y empiece a escribirlo.

—¡Francisca de mi alma!... de imaginar un libro a escribirlo, el paso no es tan cómodo y rápido como parece. Un libro en la imaginación se parece a esos oasis quiméricos que surgen en el horizonte de las arenas ante el viajero del desierto: palmeras, aguas vivas, bosques de áloes y de plátanos. Y a medida que uno se acerca, toda esa decoración se borra, desaparece: no queda más que la arena y el vacío... ¡Ah!, ¡qué hermosos espejismos de libros no habremos visto todos!

Pero el caso presente es para mí más temible que de ordinario.

¿Qué pensarías tú, Francisca, de un pintor que no habiendo visto nunca más que el espejismo de un oasis, pretendiese pintarlo? Lo juzgarías imprudente. Ahora bien, yo no tengo hijos; el muñeco nacido de mí, crecido en mi casa, prolongando las ramificaciones de mi vida, sigue siendo para mí un encantador y engañoso espejismo. ¿No me arriesgo a caer en ignorancias y errores? ¿No me arriesgo, por lo menos, a inspirar desconfianza al lector o lectora? ¿No objetará «¿Qué nos quiere decir con sus consejos este consejero que habla de oídas?»

El temor a que me juzguen presuntuoso y temerario por escribir un libro después de haber manifestado que nadie ha sabido hacerlo en nuestros

tiempos, es lo que, por escrúpulo, me detiene ante la página blanca.

* * *

En caso semejante, Francisca, es decir, cuando realmente no se sabe entre dos partidos cuál elegir, aconsejaba sabiamente un moralista práctico hacer por escrito la lista de los argumentos en pró y de los argumentos en contra, a medida que van acudiendo a la mente. Es raro que al final de la lista no se haya visto con claridad el mejor partido.

Ensayemos:

Pro. Fenelón no tenía hijos, y Juan Jacobo, si los tuvo (lo que no es seguro), limitó su experiencia práctica de padre educador a mandarlos al torno.

Contra. Pero Juan Jacobo era genio, y el talento de Fenelón confina con el genio...

Pro. El escrúpulo en cuestión no ha detenido cerebros de menos fuerza que éstos: por ejemplo, madame de Maintenón. Podría hacerse una lista considerable de todos los educadores que no tuvieron posteridad.

Contra. La mayor parte de esos educadores sin hijos habían tenido participación en distintas educaciones o al menos, habían asistido a ellas.

Pro. Bueno, pero... Es precisamente mi caso. Si yo no tengo hijos, no faltan niños a mi alrededor, en mi familia, en mis relaciones íntimas, y precisamente con todas las edades escalonadas, desde el nacimiento hasta los diez y seis o diez y siete años. No contemos aún el «proyecto» de Francisca... Su Pedrito ha sido criado a mi vis-

ta; he tomado parte en las angustias de sus enfermedades, he saboreado las alegrías de sus convalecencias, le quiero y le conozco como si fuese hijo mío. Su prima Simona me es casi tan familiar y tan querida como él. Al hermano de Simona lo he observado mucho sin que él se diese cuenta, y me ha documentado sobre la nueva generación... ¡Qué buena cosecha de observaciones me proporciona también la familia del doctor Tasqué! ¡Cuántas notas encuentro en la hija del primer matrimonio, la atrayente Silvia, y en el producto del segundo, el lastimoso «embutido científico»! Hasta el joven Jorge de Lespinat está en mi fichero... Y el pasado septiembre, cazando en el castillo de los Laterrade, pude también recoger notas sobre los hijos de los granjeros (Clemente Martín, cinco años, y su hermana Eugenia, diez y seis).

Tantas notas desde hace mucho tiempo, en el curso de la vida y de las lecturas, significan que el asunto de la educación me ha interesado siempre, y sin un fin preciso me preparaba a tratarlo. Por otra parte, guardo un recuerdo singularmente exacto de mis sensaciones de niño; he emborrinado muchas páginas fijándolos y comentándolos, sólo por placer. Todo esto, ¿no indica una especie de instinto o de afición pedagógica? ¡Ah!, la dama que cierto día (¿te acuerdas, Francisca?) me trató de «dómine», no carecía de razón.

Contra. Sin embargo, para un teorizante de la educación sería de una conveniencia preciosa tener el laboratorio en su casa, estudiar a los hijos propios, teniéndolos constantemente mezclados a su propia vida.

Pro. Pues bien; yo estimo, por el contrario, que un padre de familia está doblemente expues-

to al error. Por de pronto, ¿podrá observar a sus hijos—su obra querida—con la libertad de espíritu de un Henri Fabre que estudia la vida de los coleópteros?... Después, ¿no caerá en la tentación de generalizar imprudentemente, de pensar: «El alma y las inclinaciones de mis hijos son el alma y las inclinaciones de todos los niños»? Esta última tendencia, que va a parar en graves errores, es tanto más difícil de combatir, cuando que los niños de una misma familia presentan rasgos parecidos, que «sugieren la ilusión de la generalidad».

El hombre sin sucesión es, al parecer, el más a propósito para observar a las criaturas con imparcialidad, y sin limitarse a tal o cual grupo. Siendo desinteresada, su crítica ensancha lo más posible el campo de las investigaciones. Verdaderamente, yo estimo que un observador sin hijos se apasiona por su estudio...

...Pero veo que ya no anoto imparcialmente el pro y el contra. Defiendo mi causa. Así, pues, aparece mi preferencia: voy a escribir el libro que deseas. Y he aquí, mi linda sobrina, además del deseo de complacerte, la razón que me impulsa a esa obra. Un libro que se escribe con gusto, no siempre es bueno; pero un libro que se escribe contra el propio deseo, es malo infaliblemente.

Escribiré el libro. Lo peor que puede pasar es que vaya a engrosar la colección de libracos educativos que nunca han sido ni leídos ni practicados.

CARTA SEGUNDA

Las horas de otomana.—¿Por qué se tienen hijos?—Primera definición de la educación.—La felicidad del niño.—Puericultura.—La elección de médico.—Historia de un termómetro de azúcar.—Grave cuestión: la lactancia.—Cambios sobrevenidos después de Juan Jacobo.—Las tres soluciones.—Cómo socorre la ciencia moderna la debilidad femenina.—Una llamada telefónica.

Para con ese pequeño ser que está elaborándose en ti, querida Francisca, tienes deberes excepcionales, que no pueden compararse a otros, ni siquiera a los deberes para con el marido. Es justo, es normal, decía yo en otra ocasión, que des más amor al marido que al hijo: sin embargo, el hijo merece más que el marido que le protejas y le sirvas. ¿Porque es más débil? Sin duda. Pero, sobre todo, porque él «no ha pedido venir al mundo», mientras que tu marido te ha querido por mujer. He ahí sobre qué se funda la responsabilidad de los padres; no conozco nada más evidente ni más temible. Tanto, que ni la indignidad ni la ingratitud del hijo pueden abolir esa responsabilidad, porque, aun indigno e ingrato, el hijo no existe sino por la voluntad de los padres.

Hasta la hora presente, vuestra responsabilidad